



## Luna de sangre

**Pablo Bernal Rubio. Salamanca. 16 años**

A Pablo le gusta el teatro, escribir y estar con sus amigos y su familia. En esta narración, Pablo recrea a los juglares que cuentan extrañas historias en las posadas del Camino de Santiago. Joan, un joven peregrino, se siente fascinado por esa luna que se vuelve tan roja que parece sangre... ¿Podremos huir de la maldición?



## Luna de sangre

Pablo Bernal Rubio

«La noche había caído como un telón negro desde el cielo cubierto por el humo. En un monte lejano la vegetación era devorada por una gran hoguera que ahuyentaba la oscuridad y provocaba que la luna llena adquiriera un color rojo como la sangre. Sin embargo, el pueblo dormía tranquilo. El fuego estaba lejos, sin duda se extinguiría antes de llegar a sus casas. No había nadie en las calles... nadie, salvo una figura encogida por el frío y vestida con harapos que se movía de puerta en puerta suplicando piedad a sus habitantes. Se trataba de una chica joven, y parecía cansada y hambrienta. No era mucho lo que pedía, apenas un lugar para pasar la noche y algo para comer. Sin embargo, las gentes de la aldea rodearon sus corazones con muros de egoísmo e indiferencia. Nadie respondió a su súplica. La impotencia pintó regueros de lágrimas en su cara y las fuerzas le abandonaron cuando la última puerta del pueblo se cerró borrando toda esperanza. La chica se dejó llevar por la desesperación. Ya no tenía fuerzas para luchar y el frío comenzó a invadir y agarrar su cuerpo. Pronto no sintió más que un terrible odio contra los habitantes de la aldea. Ya no temía a la muerte, en su helado corazón no cabían más emociones.

Entonces un grito rasgó la paz del pueblo, un grito que poblaría las pesadillas de todos los que lo oyeron. Después se oyó un murmullo con palabras incomprensibles, casi delirantes, pero cargadas de venganza. Por último, silencio; un silencio que anunciaba el fin de una vida.

Pero aquélla no fue la última noche que la dama Muerte visitó el pequeño pueblo. Misteriosamente, cada noche de luna llena ésta se vestía de escarlata. La luna sangrante significaba que una vida iba a ser segada. Los primeros en morir fueron, paradójicamente, los más afortunados, pues en la aldea creció la desconfianza y el miedo. Los habitantes temieron las noches de luna llena hasta la locura. Muchos intentaron huir a otros lugares, pero allí a donde iban la luna roja se convertía en heraldo de una

nueva muerte. La pesadilla terminó con el fin del último niño, el más inocente, pero la maldición aún pesa sobre la aldea, alimentándose de viajeros descuidados.

Por eso os advierto, peregrinos. Las ruinas del pueblo del que os he hablado se encuentran en vuestra ruta y la luna crece hoy en el cielo. Cuidaos mucho de parar allí durante la noche del plenilunio o pagaréis con vuestra más preciada posesión: la vida».

La sala de la posada quedó sumida en un profundo silencio cuando el juglar terminó su historia. Sin embargo, no tardaron en aparecer algunas voces que se burlaban del miedo. La de Joan se unió a ellas. Al fin y al cabo, ya no era un niño que se asustara con los cuentos de su abuela, sino un joven peregrino que había logrado llegar casi a las puertas de Santiago. El juglar comenzaba ya un cantar sobre un joven y valeroso guerrero, pero Joan prefirió irse a su habitación. Todavía le esperaban unas cuantas jornadas de camino, y quería estar preparado. Ya tendría tiempo para fiestas en la ciudad de Compostela. Sin embargo, no podía quitarse la historia del juglar de la cabeza. No sentía miedo, sino una curiosa fascinación. Su último pensamiento antes de quedarse dormido fue para la protagonista de la historia.

Joan caminaba sumido en sus reflexiones. Estaba atravesando un bosque cuando el sol comenzó a apretar. El terreno era inclinado y escarpado, y esto dificultaba la marcha, por lo que decidió detenerse un momento a descansar. Había salido de la posada con las primeras luces del alba y el cansancio y el calor pasaban factura. Se sentó sobre una gran piedra y observó con atención. A su alrededor se erguían numerosos árboles, aunque no llegaban a tapar el cielo. El suelo estaba cubierto de arbustos y restos de corteza, pero no muy lejos se abría un pequeño claro con el suelo completamente ennegrecido. Al fijarse con más detenimiento, Joan descubrió la marca de fuego en algunos de los árboles más viejos. Seguramente un incendio había asolado aquella zona, obligando a la Naturaleza a empezar de nuevo su tarea constructiva.

Tan absorto estaba que no oyó unos silenciosos pasos a su espalda hasta que el crujido de una rama lo sobresaltó. Se giró y se encontró cerca de una joven que lo observaba con curiosidad. Parecía algo mayor que él. Su cara y sus manos estaban sucias y arañadas. Una hermosa cascada de cabello negro le caía sobre los hombros arrojando brillos de esmeralda con los reflejos del sol. Había algo extraño en ella, algo salvaje la envolvía, pero eso la hacía especial, distinta de todas las chicas que Joan había conocido antes.

Ella fue la primera en romper el silencio:

—Perdón si te he molestado. Simplemente, me sorprendió ver a alguien por aquí.

—Eh... no, no pasa nada. Sólo que... bueno, yo...

—Eres un peregrino, ¿no? —preguntó la chica, sin hacer caso de su incomodidad—. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie como tú. ¿Qué haces aquí?

—Bueno... Soy un peregrino, como tú has dicho —el joven estaba cada vez más extrañado—. Voy a Santiago...

—Pues lamento decirte que te has desviado de tu camino —un brillo divertido apareció en los ojos de la chica—. La ruta rodea la montaña, no la atraviesa.

«¡Estupendo!», pensó Joan con amargo sarcasmo. «Ahora tendré que retroceder y tal vez no llegue a la posada antes de que anochezca.». El chico se puso en pie de un salto y dijo:

—En ese caso, debo continuar sin descanso, o la noche me sorprenderá a la intemperie.

—¿De verdad piensas deshacer todo el camino hasta el pie de la montaña? —la voz de la joven no estaba exenta de burla—. Me parece un esfuerzo innecesario. Conozco bien este bosque, es mi hogar. Puedo guiarte a través de él. Me llamo Karen —añadió con más seriedad.

El joven estaba confundido. ¿Quién estaría tan loco como para confiar en una chica salvaje, a la que no conocía de nada? ¿Era

una idea sensata?

Una parte del chico parecía pensar que sí, pues se sorprendió a sí mismo diciendo:

—Yo soy Joan.

El resto del día transcurrió mientras caminaban. Karen le explicó que deberían pasar la noche en el bosque, al abrigo de algún viejo árbol, y que al día siguiente volverían al camino. También le contó muchas cosas sobre las plantas y los animales, conocimientos necesarios para la vida en el bosque. Sin embargo, el chico notó que no había hablado sobre su pasado, ni le había dicho por qué vivía apartada de pueblos y ciudades. Incluso se lo preguntó directamente y ella esquivó el tema. Eso le inspiró algo de recelo. La chica no tenía aspecto de proscrita o forajida, pero ¿qué hacía una joven viviendo sola en el bosque? Pese a todo, Joan continuó con ella. Tenía algo especial, distinto, algo sorprendente que, a la vez, le inspiraba confianza. Se tranquilizaba a sí mismo diciéndose que ella siempre se había mostrado amistosa y confiada y que, si hubiera querido hacerle daño, habría tenido numerosas oportunidades.

—Podemos parar aquí —dijo Karen.

La noche había caído y Joan podía ver la luna creciente, casi llena, en el cielo límpido. La cena fue frugal y fría, pues la joven se había negado rotundamente a encender un fuego.

—El fuego es el enemigo de los bosques —dijo con voz amenazante y triste a la vez—. No lo olvides. Nunca.

Se acostaron apoyados contra un viejo pino, ya que Karen había asegurado que no corrían ningún peligro. Pese a su cansancio, Joan no se permitió dormir hasta que notó la respiración tranquila de su acompañante. Entonces sacó el cuchillo de su bolsa y lo puso junto con sus escasas pertenencias, donde podría cogerlo rápidamente si fuera necesario. Después, el sueño borró sus oscuros pensamientos.

A la mañana siguiente, Karen se encargó de despertarlo. Estaba amaneciendo. Era el momento perfecto para comenzar la

marcha. La chica le sorprendió con un pequeño desayuno a base de bayas y otras frutas silvestres. Cuando lo terminaron, se pusieron en camino.

Ese día fue muy especial para el chico. Había revisado su bolsa al despertar y, por supuesto, la encontró intacta, por lo que se desembarazó de todo recelo. Ambos caminaron casi sin darse cuenta, disfrutando de la compañía del otro. Cada vez se sentía más estúpido por haber desconfiado de la que ahora consideraba su amiga. Aquel día había sido un regalo, un regalo que sólo la magia del camino y la amistad podían conseguir. Y Karen parecía sentir lo mismo. El joven reflexionaba sobre todo esto mientras descansaban al borde del camino, al que habían llegado poco después del mediodía. Cuando abandonaron el frescor del bosque los dos sabían que no había motivos para seguir juntos, aunque ninguno lo expresó en voz alta, como si así pudieran negar su separación.

A lo lejos se divisaban las ruinas de un pequeño pueblo, contra el fondo azul del mar. Reanudaron la marcha y, a medida que se acercaban a ellas, una sensación de creciente desasosiego invadía al chico. Cuando pasaron a su lado, el malestar era ya auténtico miedo. Karen, en cambio, no parecía asustada, sino abatida por una profunda tristeza. Joan recordó la historia del juglar y pensó en contársela a la chica. Sin embargo, ninguno de los dos fue capaz de pronunciar una sola palabra hasta que las ruinas quedaron atrás, y con ellas sus sombríos pensamientos.

Joan empezó a bromear para ahuyentar el miedo, dejando olvidada la oscura historia, pero la alegría no duró mucho tiempo. Karen parecía ausente, pensativa, y el chico creía saber el porqué de su inquietud. Sus temores se confirmaron cuando ella anunció que cuando empezara a atardecer ella volvería a su hogar. Joan apenas pudo tartamudear algunos pretextos para retrasar su partida, pero ella los rechazó todos. Él sabía que algo más grave preocupaba a la chica y habría dado lo que fuera por poder ayudarla. Pese a todo, retrasaron la despedida cuanto pudieron y cuando llegó el momento, ésta fue corta; muy corta y muy triste para los dos. Karen le dijo que encontraría un pue-

blo si seguía adelante pero que ella pasaría la noche al cobijo de las ruinas que habían visto.

El resto transcurrió con rapidez. Frases de agradecimiento por parte de ambos con lágrimas mal disimuladas y sonrisas que pretendían dar ánimos, desmentidas por miradas anhelantes y ojos vidriosos. Cuando se separaron definitivamente, los dos prefirieron clavar la mirada en el camino para no acentuar su dolor.

Joan caminaba intentando no pensar y sin detenerse ni un solo momento. Sabía que si lo hacía, daría media vuelta para ir detrás de Karen. No podía borrarla de su mente. Y aunque se dijera a sí mismo que eso era imposible en tan poco tiempo, y aunque se negara a admitirlo incluso para sí, sabía, en lo más profundo de su ser, que algo había nacido en él, un sentimiento que lo llenaba a pesar de que él se empeñara en ocultarlo. Una imagen se dibujó en su mente: Karen, sola, en medio de las ruinas iluminadas por la luz rojiza de la luna llena en medio de la noche. Y una voz que luchaba por ser escuchada: «... pagaréis con vuestra más preciada posesión: la vida...». Su cara se oscureció con una sombra de terror que, al momento, fue reemplazada con el brillo de la determinación. Entonces se detuvo, se dio la vuelta, y echó a correr.

Cuando llegó al pueblo en ruinas comprobó que el juglar no había mentido. La luna llena brillaba roja, amenazante en el cielo sin estrellas. No perdió el tiempo y empezó a buscar a Karen mientras la llamaba a gritos. Temía a la maldición y a la muerte, pero lo que sentía por ella era más fuerte. No quería dejarla atrás por segunda vez. Entonces la vio y corrió hacia ella. Estaba tumbada en el centro de la antigua plaza, rodeada por viejos árboles cuyas raíces habían levantado el empedrado. Parecía dormida. Su rostro se le antojó ligeramente distinto al que él había conocido. Sin embargo, su pelo, negro y verde, era inconfundible. Sus intentos por despertarla fueron inútiles y Joan temió que ya estuviera muerta. El leve pulso de su cuello le tranquilizó.

De repente, sintió frío. Frío... y miedo. Alzó la vista y vio un gran grupo de personas acercándose a él. El miedo se convirtió en terror cuando se dio cuenta de que, en realidad, eran fantasmas. Parecían corpóreos, pero se acercaban a él con los brazos extendidos, un brillo febril en la mirada y flotando sobre el suelo. El chico supo que eran los espíritus de los habitantes del poblado, atados a su antiguo hogar para toda la eternidad. No necesitó girar la cabeza para saber que lo habían rodeado. De repente, sintió una presencia mayor, infinitamente más poderosa... y no del todo desconocida. Ante él, levitando y rodeada por un aura rojiza como la luna, se encontraba Karen. Joan sabía que todo era demasiado real para ser un sueño, y sentía el peso y la calidez del cuerpo de la chica entre sus brazos. La terrible verdad se abrió paso en su mente, sin poder evitarlo: ella también era un fantasma. Su espíritu se erguía ante él. Pero... ¿por qué seguía su cuerpo con vida? Algo diferenciaba a ese espectro de los otros. Cuando habló, lo hizo con una voz muy distinta a la que él recordaba, como si viniera distorsionada desde un sitio muy lejano:

—Mmm... ¿Qué tenemos aquí? ¡Un mortal! Y además, no uno cualquiera. ¡Eres tú! Ahora ya conoces mi secreto... y pagarás por ello —Joan no podía creer lo que estaba oyendo. Pensaba que ella se alegraría de verlo... incluso muerta—. No entiendes lo que está pasando, ¿verdad? Y, sin embargo, tú conoces bien mi historia. Puedo verlo en tu mente. Aun así, me apiadaré de ti, simple mortal, y te explicaré quién es la criatura que sostienes entre tus brazos.

Yo era la chica de la historia del juglar, la que llegó a este pueblo suplicando piedad, y soy el fantasma que en las noches de luna llena arrebató la vida a los que aquí se encuentran. Estoy muerta... y viva a la vez. Tú sostienes mi cuerpo aún palpitante, al que volveré cuando salga el sol, pero durante el plenilunio puedo mostrarme revestida de todo mi poder. Sólo durante una noche cada mes puedo librarme de las cadenas que me atan a lo terreno... ¡y tú has estado a punto de encerrarme para siempre!

—Joan no sabía a qué se refería, aunque tenía la certeza de que

todo lo que había dicho era cierto—. ¿A qué viene esa estúpida expresión en tu cara? ¿No entiendes lo que te digo? ¡Claro que lo sabes! Mi cuerpo mortal lucha contra mí, pugna por mantenerme encerrada. Y tú le has dado lo que necesitaba para ello —sus labios se fruncieron, asqueado—. Alegría, amistad, felicidad... ¡Amor! Pero nada de eso servirá ya, porque esta noche vas a morir. ¡Apresadlo!

Para su sorpresa, ninguno de sus secuaces se movió. Era como si algo rodeara y protegiera al chico, impidiéndoles avanzar. Pese a la situación, Joan ya no tenía miedo. Algo más profundo, cálido, le invadía. El espectro, en su vanidad, había mostrado al chico las armas que éste poseía, y pensaba utilizarlas aprovechando la confusión del fantasma. No estaba seguro de lo que debía hacer, así que se dejó llevar por su intuición. Sostuvo el cuerpo de la joven con ternura y le apartó un mechón de pelo de la cara, se acercó a ella y la besó. El miedo fue reemplazado por un agradable calor y los fantasmas que les rodeaban retrocedieron. La sonrisa de satisfacción se borró del rostro del gran espíritu, que cayó al suelo y empezó a brillar con luz blanca. La vida volvía al cuerpo de la chica a medida que su fantasma resplandecía con mayor intensidad. Los otros espectros fueron desapareciendo uno tras otro, liberados por fin de la maldición que los aprisionaba. Habían pagado con creces su pecado. La luna se eclipsó en el cielo por un momento. Durante ese instante de oscuridad, el espíritu de Karen desapareció, y poco después la chica abrió los ojos bajo la mirada atenta del astro que refulgía con la luz alba convirtiendo su pelo en un brillo de esmeralda.

La noche, lentamente, daba paso a la mañana y en las ruinas de la pequeña plaza tenía lugar un silencioso reencuentro. Las palabras no servían para expresar sus sentimientos, por lo que no las emplearon. Simplemente, lo sabían.

Mucho más tarde, cuando el sol asomaba ya tímidamente, Karen comenzó a relatar su historia:

—Mi... fantasma no te mintió; morí hace mucho tiempo en este mismo lugar. Yo vivía en el bosque, pero un incendio me

obligó a huir. Llegué a este poblado después de caminar sin parar durante todo el día, sin comer ni beber. Sin embargo, nadie respondió a mi súplica, y el frío y la debilidad me condujeron a la muerte. Fue mi odio el que se aferró a la vida... porque yo no era una mortal cualquiera. Yo era una meiga, Joan, por extraño que te parezca, y te sorprendería saber lo que es capaz de hacer una meiga furiosa y moribunda en una noche de plenilunio —al chico ya nada le sorprendía, a pesar de estar seguro de que todo aquello era cierto—. Mucho me he arrepentido de lo que sucedió aquella noche durante estos largos años. Conseguí volver a la vida, sí, pero una vida maldita y eterna. Cada noche de luna llena perdía el sentido, y a la mañana siguiente no recordaba nada. Pero yo lo sentía. Sabía que era mi espíritu vengativo, libre y poderoso, que se alimentaba de aquellos sobre los que había derramado mi odio. Pronto empezó a provocar la muerte de todos los inocentes que estuvieran a su alcance. Y yo no pude hacer nada por evitarlo, por más que luché. No podía vencer mi propia naturaleza, ni alcanzar la paz.

Y, de repente, apareciste tú, y volví a sentir la vida en mí. Te habría seguido hasta el fin del mundo cuando vi en tu mirada aquello que negabas en tu interior. Pero no podía, debía protegerte de mí misma, aunque no fue nada fácil dejarte marchar. Ahora, en cambio, veo todo lo que has hecho por mí: has roto la maldición que yo misma tejí, y me has devuelto una vida que no merezco, no más que cualquiera de los desgraciados a los que maté. Por eso, quiero intentar reparar el daño causado por mi odio, aunque mis poderes de meiga quedaron sellados con mi espíritu. Ahora que conoces toda la verdad, no espero respuesta a esta pregunta, pero... ¿vendrás conmigo?

Y la respuesta jamás fue pronunciada, pues Karen pudo leerla en los ojos del chico.